

Job

Joseph Roth



↳etraherido



Job

Novela de un hombre sencillo

Joseph Roth

Traducción
de
Martín A. Sánchez

Letraherido



Primera edición: octubre de 2022

Titulo original: *Hiob, Roman eines einfachesn Mannes*

Publicado por primera por Gustav Kiepenheuer Verlag en 1930

© de la traducción: Martín A. Sánchez, 2022

© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2022

Avda. Pumarín, 7, Oviedo — 33001

www.editorialletraherido.com

ISBN: 978—1076334732

Maquetación y diseño: Ed. Letraherido.

Imagen de la cubierta: *El judío rojo*, Marc Chagall

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 — 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Job

Novela de un hombre sencillo

PRIMERA PARTE

I

Durante muchos años vivió en Zucnov un hombre llamado Mendel Singer. Era un judío a la antigua usanza, piadoso, temeroso de Dios y sencillo. Ejercía la modesta profesión de maestro. Su casa no era más que una espaciosa cocina, allí enseñaba la Biblia a los niños. Enseñaba con pasión y sin mucho éxito. En el pasado, cientos de miles habían vivido y enseñado como él.

Tan insignificante como su vida era su rostro pálido. Estaba completamente enmarcado por una barba espesa de color negro. La barba ocultaba la boca. Los ojos eran grandes, negros, somnolientos y estaban medio ocultos por los pesados párpados. Sobre la cabeza llevaba una boina hecha de jirones de seda, el mismo tejido empleado en las corbatas baratas y pasadas de moda. Cubría su cuerpo con un caftán no muy largo, típico de los judíos de la tierra, cuyos bajos flotaban en el aire cuando Mendel Singer se apresuraba por los pasillos y golpeaban la alta caña de sus botas de cuero con un aleteo regular y pesado.

Mendel Singer parecía tener poco tiempo y propósitos muy acuciantes. Ciertamente su vida era con frecuencia difícil y en ocasiones incluso una calamidad. Tenía que vestir y

alimentar a una mujer y a tres niños, para colmo su mujer estaba embarazada del cuarto. Dios había otorgado fertilidad a su vientre, tranquilidad a su corazón y pobreza a sus manos. La familia no tenía dinero para invertir ni créditos que pagar. Por lo tanto su vida transcurría como un pequeño arroyo entre dos orillas áridas. Cada mañana Mendel agradecía a Dios el descanso, el despertar y el nuevo día. Cuando el sol declinaba rezaba una vez más. Cuando las primeras estrellas brillaban rezaba por tercera vez. Y antes de acostarse todavía susurraba apresuradamente una última oración con los labios cansados, pero devotos. Dormía sin soñar. Sus pensamientos eran puros. Su alma era casta. No tenía remordimientos de conciencia y no había nada que codiciara. Amaba a su mujer y se deleitaba con su carne. Tenía buen apetito y devoraba sus comidas rápidamente. En caso de desobediencia, castigaba a sus dos hijos pequeños, Jonas y Semarja. Pero solía consentir a la más pequeña. Su hija Mirjan había heredado su pelo y sus ojos negros, somnolientos y dulces. Sus extremidades eran tiernas y sus articulaciones frágiles. Una joven gacela.

Daba clases de lectura y memorización de la Biblia a doce alumnos de seis años. Cada uno de ellos le daba veinte copecs cada viernes. Ese era el único ingreso de Mendel Singer. Sólo tenía treinta años, pero sus perspectivas de ganar más eran pequeñas, no había absolutamente nada más a lo que agarrarse. Cuando los alumnos crecían buscaban otro profesor más sabio. La vida se encarecía de año en año. Las cosechas menguaban y menguaban. Las zanahorias eran cada vez más menudas, los huevos estaban vacíos, las patatas congeladas, la sopa aguosa, las carpas y los lucios escaseaban, la carne de los patos y gansos magra y dura y las gallinas no abultaban nada.

Esas eran las típicas quejas de Debora, la mujer de Mendel Singer. Era una mujer a la que llevaban los demonios con frecuencia. Se le iban los ojos detrás de las propiedades de los ricos y envidiaba las ganancias de los comerciantes. En comparación, Mendel Singer era poco a sus ojos. Lo culpaba de los hijos, el nuevo embarazo, el encarecimiento de la vida, los bajos ingresos de la familia y a menudo también del mal tiempo. Los viernes fregaba el suelo hasta dejarlo amarillo como el azafrán. Sus anchos hombros subían y bajaban a un ritmo regular, sus manos fuertes frotaban de arriba a abajo cada tablón y sus uñas escarbaban entre las rendijas y huecos hasta sacar toda la inmundicia acumulada, que al caer al cubo formaba ondas. Debora se arrastraba por la habitación desnuda y encalada como una cordillera ancha, violenta y móvil. Los muebles se aireaban fuera, delante de la puerta: la cama de madera marrón, el colchón de paja, la reluciente mesa recién cepillada y dos bancos alargados y pequeños, dos tablas de madera horizontales clavadas a otras dos verticales. En cuanto el crepúsculo caía sobre la ventana, Debora encendía las velas de la lámpara de alpaca, juntaba las manos delante del rostro y rezaba. Su marido llegaba a casa envuelto en sedas negras, cuando entraba el suelo resplandecía, amarillo como los rayos del sol, su rostro brillaba más pálido que de costumbre, su barba parecía más negra que el resto de los días de la semana. Mendel Singer se sentaba, susurraba una cancioncilla, a continuación padres e hijos sorbían la sopa caliente, reían en dirección a los platos, sin pronunciar palabra alguna. La habitación se calentaba con el calor de las ollas, los platos y los cuerpos. Las velas baratas de la lámpara de alpaca apenas se mantenían derechas y empezaban a doblarse. La cera caía sobre el paño de cuadros rojos y azules de la mesa, solidificándose

al instante. La ventana se abría, las velas se avivaban y ardían pacíficamente hasta el final. Los niños se tumbaban sobre el colchón de paja cerca del horno, los padres permanecían sentados mirando preocupada y fijamente las últimas llamas azuladas que subían y bajaban suavemente entre los brazos del candelabro: un oleaje de fuego. La cera ardía y los delgados hilos de humo azul ascendían desde la mecha carbonizada hacia el techo.

—¡Ay! —suspiró la mujer.

—No suspires —recomendó Mendel Singer.

Ambos callaron.

—Vamos a la cama —ordenó Mendel Singer.

Ambos empezaron a murmurar la oración de la noche.

Al final de la semana, el *sabbat* empezaba siempre de la misma manera, con calma, entre velas y cantos. Veinticuatro horas después se hundía en la noche que tiraba del tren gris de la semana, un sinfín de fatigas. Debora rompió aguas a las cuatro de la tarde de un caluroso día de verano. Sus primeros gritos ascendieron sobre la melodía de los doce alumnos. Todos ellos volvieron a sus casas. Empezaron siete días de fiesta. El cuarto hijo de Mendel fue niño. Ocho días después lo circuncidaron y llamaron Menuchin.

Menuchin no tenía cuna. Descansaba sobre un cesto trenzado con ramas de sauce, permanecía suspendido en mitad del cuarto, sujeto con cuatro cuerdas a un gancho en el techo como si fuera una lámpara de araña. Mendel Singer, con un movimiento delicado y cariñoso de la mano, empujaba de cuando en cuando el cesto colgante que inmediatamente comenzaba a balancearse. El balanceo solía tranquilizar al recién nacido. En otras ocasiones era imposible aplacar sus ganas de llorar y gritar. Sus lamentos se alzaban sobre las frases sagradas de la biblia.

Debora subía a un taburete y cogía al recién nacido. Su pecho blanco, hinchado y colosal se desbordaba por la blusa abierta, inmediatamente capturaba la atención del recién nacido. Debora parecía dar el pecho a todos los allí presentes. Sus tres hijos mayores la rodeaban, celosos y codiciosos. El cuarto recuperaba la tranquilidad. Sólo se escuchaban las chupadas del recién nacido.

Los días se convirtieron en semanas, las semanas se convirtieron en meses y pronto pasó un año del nacimiento. Menuchin todavía seguía alimentándose de leche materna, de aspecto polvoriento y aguado. Debora no podía destetarlo. A los trece meses empezó a hacer muecas y a gruñir como un animal, a respirar de forma apresurada y jadear de forma nunca antes vista. Su gran cráneo colgaba de su cuello delgado como una pesada calabaza. Su frente ancha se movía y arrugaba en todas direcciones, como un viejo pergamino. Sus piernas estaban combadas y sin vida, como un arco de madera. Sus brazos flacos se agitaban y contraían. De su boca salían sonidos patéticos. En caso de ataque, cuando su cuerpo dejaba de respirar y su rostro se ponía azul, lo sacaban de la cuna y lo acunaban durante un rato. Poco a poco recuperaba la respiración. Le ponían sobre el pecho escuálido varias bolsitas de té hervido y le envolvían el cuello con uña de caballo.

—No tiene importancia —decía Mendel Singer—. Son cosas del crecimiento.

—Los hijos salen a los hermanos de la madre —dijo Debora—. Mi hermano tuvo lo mismo a los cinco años.

—Está yendo a más —dijo el resto de la familia.

Así discurrió la vida hasta que la viruela estalló en la ciudad, la administración prescribió inyecciones y los médicos prorrumpieron en el barrio de los judíos. Algunos de ellos se

ocultaron. Pero Mendel Singer, el virtuoso, no se escondió del castigo de Dios, sino que esperó la inyección lleno de confianza.

Una calurosa mañana la comisión apareció en el callejón de Mendel. La suya era la última casa de la línea que formaban las viviendas de los judíos. El doctor Soltisiuk llegó acompañado por un policía que llevaba un libro grueso en el brazo, tenía unos bigotes ondulados sobre el rostro moreno, unos quevedos de montura dorada sobre la nariz enrojecida, daba grandes zancadas al caminar, vestía polainas de color amarillo chillón y a consecuencia del calor la chaqueta le colgaba informalmente sobre la camisa azul, de forma que las mangas parecían otro par de brazos, también dispuestos a repartir inyecciones. De esa guisa llegó el doctor Soltisiuk al callejón de los judíos. A su paso se escuchaban los quejidos de las mujeres y los chillidos de los niños que no habían podido esconderse. El policía sacó niños y mujeres de las profundidades de los sótanos y desvanes, de pequeñas cámaras y de grandes cestas de paja. El sol cascaba y el doctor sudaba. El buen doctor tenía que vacunar no menos de seiscientos setenta judíos. Por cada huido daba gracias a Dios en silencio. Cuando llegó a la cuarta de las casas pequeñas, enca-ladas y azuladas hizo una seña al policía para que no se matase buscando a los escondidos. Los gritos eran cada vez más fuertes cuanto más avanzaba el doctor. Parecían acompañar sus pasos. Los aullidos de los miedosos se mezclaban con las maldiciones de los recién vacunados. Cansado y completamente confundido, el médico se dejó caer pesadamente, con un suspiro, sobre un banco dentro del cuarto de Mendel y exigió un vaso de agua. Su mirada cayó sobre el pequeño Menuchin, cogió en alto al lisiado.

—Es epiléptico —dijo el médico, sus palabras llenaron de terror el corazón del padre.

—Todos los niños sufren calambres —protestó la madre.

—No se trata de eso —confirmó el doctor—. Pero quizá pueda curarlo. Hay vida en sus ojos.

Inmediatamente el doctor quiso llevarse consigo al pequeño al hospital.

—Lo van a curar gratis —dijo Debora aceptando el ofrecimiento.

—¡Estate tranquila, Debora! —respondió Mendel—. Ningún médico puede curarlo, si Dios no quiere. ¿Quieres que crezca entre niños rusos? ¿Sin escuchar la sagrada palabra? ¿Que coma leche, carne y pollo frito en mantequilla, como les dan en los hospitales? Somos pobres, pero eso no significa que esté dispuesto a vender el alma de Menuchin al diablo, sólo porque su curación nos saldría gratis. Nadie se cura en hospitales extranjeros.

Como un héroe, Mendel ofreció su brazo esquelético y blanco a la aguja. Pero a Menuchin no lo entregó. Determinó implorar la ayuda de Dios para su hijo pequeño y ayunar dos veces a la semana, lunes y jueves. Debora decidió peregrinar al cementerio y pedir a los restos mortales de sus antepasados su intercesión ante el Todopoderoso. Así se curaría Menuchin de la epilepsia.

Sin embargo, desde el día de las vacunas, el terror pendía sobre la casa de Mendel Singer como un monstruo y la preocupación atravesaba los corazones como un viento perenne, abrasador y seco. Debora podía suspirar sin que su marido la reprendiera. Cuando rezaba enterraba el rostro entre las manos más de lo normal, como para crearse sus propias noches en las que ocultar el miedo y al mismo tiempo encontrar la gracia en

la propia oscuridad. Pues creía, como estaba escrito, que la luz de Dios brilla en las tinieblas y que su bondad ilumina la noche. Pero los ataques de Menuchin no se detuvieron. Los hijos mayores crecían y crecían, a ojos de la madre su salud parecía ser la causa de la enfermedad de Menuchin. Era como si la fuerza de los niños sanos se nutriera del cuerpo del enfermo, Debora odiaba sus alaridos, sus mejillas sonrosadas, sus extremidades largas. Peregrinaba al cementerio con sol y lluvia. Tocaba con la cabeza el musgo que crecía sobre las lápidas que cubrían los restos mortales de sus antepasados. Suplicaba a los muertos y creía escuchar sus respuestas silenciosas y reconfortantes. Durante el camino de vuelta temblaba con la esperanza de encontrar a su hijo curado. Descuidaba el trabajo en la cocina, se olvidaba de la sopa, las potas de barro se resquebrajaban, las cacerolas se oxidaban, los vasos cubiertos de polvo se rompían en mil pedazos, la bujía del quinqué se apagaba tranquilamente, la mecha se carbonizaba inevitablemente en un hilo negro, la suciedad de muchas pisadas y muchas semanas cubría el suelo del pasillo, el sebo se derretía goteando, los botones caían de las camisas de los niños como las hojas en otoño.

Un día, una semana antes de la gran festividad (después del verano llegó la lluvia y luego la nieve quiso relevar a la lluvia), Debora recogió la cesta con su hijo, lo cubrió con una manta de lana, lo subió al carruaje del cochero Sameskin y partió hacia Kluczisk, donde vivía el rabino. El asiento estaba suelto sobre la paja y se balanceaba con cada movimiento del carruaje. Estaba vivo y quería saltar y Debora sólo conseguía mantenerlo en su sitio gracias al peso de su propio cuerpo. El fango cubría la carretera estrecha y tortuosa, las botas de los caminantes y las ruedas del carruaje se hundía en ella hasta la mitad. La lluvia

ocultaba los campos, borraba el humo sobre las cabañas aisladas y erosionaba con infinita paciencia todas las durezas sobre las que caía: la piedra caliza que aquí y allí salía de la tierra negra como un diente blanco, los troncos talados al borde del camino, los tablones húmedos colocados unos sobre otros a la entrada del aserradero, también el pañuelo de Debora y la manta de lana bajo la cual estaba enterrado Menuchin. No debía tocarlo ni una sola gota de agua. Debora calculó que todavía les quedaban cuatro horas de viaje; pero si la lluvia no paraba, tendrían que parar en el albergue a secar la manta, beber un poco de té y comer los bollos de amapola empapados. En total, el viaje podía costar cinco copecs, con los cuales no se podía andar en bromas. Dios tuvo misericordia, la lluvia se detuvo. Entre los desgarrones de las nubes, el sol brilló apresuradamente, apenas una hora, antes de desaparecer finalmente en un crepúsculo todavía más oscuro.

Cuando Debora llegó, la noche había caído en Kluczisk. Muchos hombres desesperados estaban ya allí para ver al rabino. Kluczisk estaba formado por unas dos mil casas bajas, construidas con guijarros y cubiertas con paja. La plaza del mercado tenía un kilómetro de ancho, parecía un mar seco rodeado de edificios. Los carruajes aparcados a su alrededor evocaban la imagen de un naufragio permanente, pequeños e insignificantes, pasaban desapercibidos en la gran extensión circular. Los caballos desenganchados relinchaban junto a los carruajes y pisoteaban ruidosamente sobre el barro pegajoso con las pezuñas cansadas. Hombres solitarios vagaban a través de la noche, guiados por linternas de luz verdosa, en busca de una manta olvidada o una ruidosa vajilla con provisiones. Los recién llegados se hospedaban en las miles de pequeñas casas de la periferia. Dormían en catres junto a las camas de los dueños de las casas,

los moribundos, los tullidos, los cojos, los locos, los idiotas, los diabéticos, los que sufrían del corazón, los que el cáncer les roía las entrañas, los que tenían los ojos infestados con tracoma, mujeres con vientres estériles, madres con hijos deformes, hombres a los que amenazaba la prisión o el servicio militar, desertores que venían a solicitar una fuga exitosa, los desahuciados de la medicina, los repudiados de la humanidad, los vapuleados por la justicia humana, angustiados, nostálgicos, hambrientos y saciados, pecadores y santos, todos, todos, todos... Debora pasó la noche en casa de unos familiares de su marido. No durmió. Pasó la larga noche acurrucada junto al cesto de Menuchin, en la esquina, junto a los fogones. El cuarto era oscuro, su corazón era oscuro. Ya no se atrevía a dirigirse más a Dios, le parecía demasiado alto, demasiado grande, demasiado lejano, escondido detrás del infinito cielo, habría necesitado una escalera de millones de oraciones para poder tocar el corazón de Dios. Imploró la protección de los muertos, llamó a sus padres, al abuelo en honor del cual Menuchin había sido bautizado con su nombre, luego rogó a los patriarcas de los judíos, Abraham, Isaac, Jacob, y Moisés, y por último suplicó a las matriarcas. Donde existía la posibilidad de una intercesión, allí dirigía sus suspiros. Llamó a cientos de lápidas, a cientos de puertas del paraíso. Por miedo a que a la mañana siguiente no consiguiese hablar con el rabino, tal era el número de solicitantes, primero rezó para que le sonriera la suerte de llegar en el momento oportuno, como si la salud de su hijo no fuera más que un juego de niños.

Por fin observó el atisbo pálido de la mañana a través de las rasgaduras de las persianas. Se levantó rápidamente. Encendió las astillas secas de pino depositadas en la cocina, buscó y encontró una pota, recogió el samovar de la puerta, arrojó

dentro las astillas ardiendo, añadió carbón, asió el recipiente por las asas, se inclinó y sopló dentro para que los destellos calentaran su rostro. Era como si estuviera realizando un rito secreto. El agua ya hervía, el té ya infusionaba. La familia se levantó y tomó asiento delante de las tazas de barro marrón y bebió. Debora sacó a su hijo del cesto. Menuchin gimió. La madre lo besó repetidamente con ansiedad y ternura, sus labios húmedos golpeaban contra el rostro gris, las manitas esqueléticas, las piernas torcidas, el vientre hinchado del pequeño, era como si golpeará al pequeño con su boca amorosa y maternal. Luego lo envolvió en una manta y con ayuda de una cuerda se lo colgó del cuello, de forma que sus manos quedaron libres. Debora estaba dispuesta a abrirse camino entre la multitud hasta la puerta del rabino.

Se introdujo en el gentío que esperaba dando chillidos agudos, apartó a los débiles a un lado dando feroces puñetazos, nadie podía detenerla. Aquellos que eran golpeados y apartados por su mano, cuando se volvían para devolver el golpe, quedaban cegados por el vivo dolor que reflejaba su rostro, por el aliento abrasador que parecía salir de su boca roja y abierta, por el brillo acristalado de sus lagrimones, por la viva llamarada que enrojecía sus mejillas, por las venas anchas y azules de su cuello estirado, donde se acumulaban los gritos antes de ser emitidos. Debora se abrió paso como una antorcha. Debora se derrumbó delante de la puerta del rabino con un rugido penetrante, suficiente para acabar con la paz atroz de un mundo ya completamente muerto. Asió el pomo con la mano derecha y golpeó sobre la madera marrón con la izquierda. Menuchin se arrastraba delante de ella por el suelo.

Alguien abrió la puerta. El rabino estaba de espaldas en la ventana: una silueta negra y menuda. De súbito se giró en su

dirección. Debora seguía en el quicio, ofreció a su hijo con ambas manos como si se tratara de un sacrificio. Recibió un destello proveniente del rostro pálido del hombre que parecía formar un todo con su barba blanca. Se había propuesto observar fijamente los ojos del rabino para convencerse de que estaban realmente iluminados con la luz de la santidad. Pero ahora que estaba frente a él, de sus ojos brotaba un mar de lágrimas y veía al hombre desde detrás de un oleaje de agua y sal. El rabino elevó la mano. Debora creyó reconocer en sus dedos delgados los instrumentos de la virtud. A su lado, escuchó muy nítida la voz del rabino, a pesar de que estaba susurrando.

—Menuchin, el hijo de Mendel, sanará con el tiempo. No habrá muchos como él en Israel. El dolor lo hará sabio, la fealdad lo hará bondadoso, la dureza ablandará su corazón y la enfermedad endurecerá su cuerpo. Sus ojos serán grandes y profundos, sus orejas claras y llenas de ecos. Su boca callará, pero cuando abra los labios será para anunciar la gracia. ¡No tengas miedo y vuelve a casa!

—¿Cuándo, cuándo, cuándo sanará? —suspiró Debora.

—Después de muchos años —dijo el rabino—, pero no me preguntes más, no tengo más tiempo y no sé nada más. Nunca abandones a tu hijo, ni siquiera cuando se convierta en la peor de las cargas, nunca te separes de su lado, ha salido de tu cuerpo, igual que salen los niños sanos. ¡Ahora vete!

Afuera la multitud se apartó a su paso. Sus mejillas carecían de color, sus ojos estaban secos, tenía los labios medio abiertos, de ellos parecía emanar una gran esperanza. Regresó al hogar con el corazón rebosante de gracia.